



Jesús Fonseca (derecha) conversa con Alfredo Pérez Alencart durante una de sus visitas a Salamanca. :: JOSÉ AMADOR MARTÍN

«Salamanca es como una antorcha que ilumina los dos lados del ensueño hispánico»

Jesús Fonseca **Gacetillero**

El reconocido periodista y poeta, muy vinculado con la cultura salmantina, nos habla de la poesía y del papel de los poetas

:: ALFREDO PÉREZ ALENCART

SALAMANCA. Invitado por el Servicio de Actividades Culturales de la Universidad de Salamanca, Jesús Fonseca estuvo en el Colegio Fonseca para leer sus diáfanos versos y para reflexionar sobre poesía y vida. Es mi amigo desde antaño pero tal anclaje no empaña mi admiración por su gran aporte a la cultura y al genuino periodismo. Aquí un fragmento de la charla que mantuvimos en nuestra capital del Tormes.

—¿Poesía como revelación de lo íntimo y/o como crónica de lo que acontece fuera, pero que también atañe al hombre en su tránsito existencial? ¿Con cuál vertiente te sientes más identificado?

—Con las dos. No sabría decirte. Me cuesta distinguir entre esas dos vertientes que planteas. Tal vez porque siento la poesía como un torrente de vida y más vida. Como una enredadera que lo abraza todo desde lo exis-

tencial y lo íntimo. No sé, los poetas tan pronto alzamos los brazos al cielo como descendemos al celeste infierno. Cuando le planteé, hace muchos años, allá en Bogotá, al universal colombiano Eduardo Carranza para qué servía la poesía, el maestro me respondió: «Pero qué cosas me preguntas! ¿Pues para qué va a servir, Jesús? Pues para vivir y respirar». El caso es que, a veces, hacemos del vivir una carrera de obstáculos, cuando no la convertimos en una pesadilla, siempre por las mismas causas: la codicia, la envidia, el odio. El día a día se nos hace a veces irrespirable. Cuando esto sucede, el poeta tiene la obligación de salir al paso. A los artistas, como a los santos, les pedimos la difícil limosna de responder a nuestras preguntas más desesperadas y confusas. La poesía no está, desde luego, como un reducto de privilegio en el que refugiarse para olvidarse de lo que sucede alrededor. Está, más bien, para todo lo contrario: para ser palabra comprometida, fértil. Para, desde la verdad de lo íntimo, levantar ese extremo de anhelo y verdad que es la vida. Si para algo estamos los poetas es para plantar cara, con la fuerza de la palabra, a lo que arrodilla, aplasta y mata. —¿Estamos en una Salamanca que

lleva cinco centurias como firme puente entre España y la cultura iberoamericana? Coméntanos tu religión con esas tierras del castellano y el portugués.

—Cuando, tras años de profesión por África y Iberoamérica, regresé a Castilla y León para reforzar la delegación regional de la Agencia EFE y poner en marcha el periódico La Razón, Salamanca pasó a ocupar un lugar preeminente. Cada vez que venía y cada vez que viene algún amigo de la América Hispana, de África, o de otros países, yo los traigo siempre a Salamanca. Es una gozada. Aquí he publicado algunos de mis libros, organizado las Jornadas de Literatura y Periodismo de la Fundación Duques de Soria, y me he sentido siempre acogido con tanta delicadeza, con tanto cariño, que venir a Salamanca sigue siendo siempre un gozo. Recuerdo de mis años colombianos y argentinos, la seducción de Salamanca en esas tierras. Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo, y Eduardo y María Mercedes Carranza —con los que regresé aquí—, la evocaban con un respeto y una admiración admirables. También Ernesto Sábato, que siempre que venía a España, procuraba pasar por Salamanca, con Matilde. ¡Ay, Salamanca, ciu-

dad de saberes y de tantas y tantas cosas! En su Aula de Poesía «Fray Luis de León», presenté junto a José Miguel Santiago Castelo y el profesor Alfonso Ortega mis Palabras al alba. Y en el Liceo, mis Palabras de carne. Y ahora, estos Encuentros de Poetas Iberoamericanos, que reúnen a los primeros nombres de las letras del mundo hispano. Recuerdo aquellos cafés en la Plaza Mayor con José Ledesma, con Gonzalo Torrente Ballester. Y, ahora, con Antonio Colinas y María José, contigo y Jacqueline... Salamanca es como una antorcha que ilumina la comunidad iberoamericana de naciones. Los dos lados del ensueño hispánico.

—Y qué nos dices de Portugal ese país engemelado a España pero que parece lejano para la mayoría de los españoles.

—Fui el primer corresponsal de ABC en Portugal, después de 'a revolução dos cravos vermelhos'. Adoro Portugal. Recuerdo aquellas tardes con José Saramago, cuando salía del Diário de Notícias, periódico del que era redactor-jefe. Los almuerzos con Pilar en El Martinho da Arcada, y en su casa del Barrio Alto, con Pilar. José Saramago era uno más. Las noches con Natalia Correia —que me descubrió a António Botto y sus canciones—, en aquella casa de Amalia, siempre abierta para los amigos: «meia-noite uma guitarra. Meia vida por viver. E a saudade que se agarra ao cantar de uma mulher». Y las visitas en Coimbra a Miguel Torga, siempre esquivo y hueraño, pero de mirada limpia y pensares y sentires hondos. Los paseos al atardecer por Oporto, después de almorzar con Eugénio de Andrade en su casa, conservada al estilo rural. Eugénio de Andrade, siempre próximo al decir: carne. Carne de amor, love-flesh, como la llamó Withman. Amada carne hasta los bordes, llena

LAS FRASES

«Cuando el día a día se nos hace a veces irrespirable, el poeta tiene la obligación de salir al paso»

«Los periodistas tenemos mucha culpa en ese postureo, en ese empeño por banalizarlo todo»

de ardor. «Carne endurecida hasta el alma». Y Jaime Saraiva, y tantos otros. Los portugueses han sido capaces de distinguir el trigo de la paja. No han sucumbido a la modernidad y a sus grandes engaños. Han sabido apoyarse siempre en la familia. Conservar el sentido de patria y aunar la vida desde lo más cotidiano y verdadero. Desde lo que verdaderamente importa. Es un pueblo admirable, ciertamente, que nos da decenas de lecciones.

—¿Deberíamos volver a cierto sosiego para degustar veladas como la que te ha convocado a Salamanca, y charlar sin las prisas y los chillidos que tanto contaminan la comunicación de los hechos esenciales?

—Pues claro que deberíamos volver. Todo brota del silencio y del sosiego. De la serenidad y la calma. No estoy dando ninguna exclusiva si afirmo aquí que vivimos en la sociedad del espectáculo y del plató. Y hay que decir, aunque nos duela, que los periodistas tenemos mucha culpa en ese postureo, en ese empeño por banalizarlo todo. Tenemos que recuperar la esencia de nuestros fines, que no son otros que los que inspiraron el alumbramiento de los periódicos, allá por el siglo XVII: informar. Pero no sólo: también formar. Contribuir a crear criterio. Nosotros, los periodistas, estamos para dar cuenta de lo que pasa, desde luego. Es lo que la sociedad nos demanda. Aquello a lo que ustedes tienen todo el derecho. Pero estamos, también, para reconocer el acierto allá donde se produzca y denunciar el abuso. Cualquiera atropello. Para desenmascarar la mentira. Y parecería que algunos están empujados en que esto pase a un segundo plano.

—Pilar Fernández Labrador suele destacar tu preocupación por potenciar la obra de otros, descuidando la tuya. Creo encontrar en esta generosidad una impronta cristiana, un mensaje aprendido del Amado Galileo. ¿Te reconoces miliciano de este Amor?

—Pilar Fernández Labrador, la dama de la cultura salmantina y de la América hispana es —con seguridad—, la mujer que más y mejor ha levantado la antorcha de los poetas y ayudado a proyectar Salamanca en el mundo. Pilar es como una llama al viento de lo más noble, bello y bueno. Me conmueve y admira esta mujer; me gusta hablar de ella. ¿Qué decir de su mirada limpia y su corazón abnegado y sencillo? Pilar es como un torrente de entusiasmo y generosidad, que no deja de dar frutos. Hasta la Reina Sofía comentaba, hace unos días, su buen hacer, con motivo de la entrega del premio de poesía que lleva el nombre de Su Majestad, a Colinas.